

Después de escribir le certa, fué el diario y tu artículo llegó tan a tiempo que, pocas horas después ya estaba en la calle (25 Abril) Le gustó al director con excepción de la palabra pestilencia que cambió, por encontrarla demasiado fuerte.

El Debate

Un orgullo que flaquea

Cuando un chileno dice su nacionalidad en los Estados Unidos, cuatro de cinco veces, la primera pregunta será:

¿Qué clase de gobierno tienen Uds.?

En los diarios norteamericanos, Latinoamérica hace noticias sólo cuando un dictador es derribado. Así, los norteamericanos han tenido oportunidad de familiarizarse en los últimos tiempos con los nombres de Argentina, Colombia, Venezuela y Cuba. De Chile, salvo la repentina cancelación del viaje a los Estados Unidos de su Presidente noticiada a una columna en páginas interiores, es poco lo que han leído u oído.

Nosotros, ante la pregunta que implica una tácita curiosidad por "nuestro dictador" solemos contestar, orgullosos, que somos una república democrática, que no tenemos ni dictadores ni revoluciones y que cuando tenemos malos gobernantes —lo que nos sucede con más frecuencia de lo conveniente— no los derribamos con golpes de estado, sino esperamos pacientemente seis años para reemplazarlos. Seis años suele ser un término bastante largo, pero esperamos, de todos modos.

La conciencia de ser "latinoamericanos" y la honrosa tradición cívica de nuestra patria, nos hace sentirnos excepcionalmente orgullosos.

Este orgullo, empero, el chileno en el extranjero lo ha sentido flaquear últimamente.

En ese imperioso deseo de contacto con nuestra tierra, los chilenos en Nueva York, solemos recibir diarios, revistas, recortes, comentarios de amigos y familiares sobre la actualidad nacional. Son datos preciosos que nos intercambiamos con apasionada curiosidad e insidiosa nostalgia.

Últimamente, esas noticias y esos comentarios delatan un sa-

bor, una ausencia de medida, de respeto, una profusión de odio y de encono tal, que muchos nos hemos alegrado de estar lejos de su fuente.

Me refiero, por cierto, a las actividades en torno a la próxima elección presidencial.

Pocas veces, como ahora, se ha tenido en Chile candidatos que con mejores títulos, con más clara línea moral hayan aspirado a la Primera Magistratura de la nación y, a su vez, pocas veces como ahora, la difamación, la injuria, la inquina y la calumnia parecen ser las armas predilectas de los sustentadores de las diferentes candidaturas. Es incomprensible, pero es así.

Llegará el día de la elección y uno de los cuatro candidatos resultará triunfante. La prensa alabará el sistema de nuestra democracia porque las elecciones "salvo incidentes aislados de poca monta se desarrollaron en un clima de absoluta tranquilidad" y los editoriales se llenarán de palabras de autosatisfacción por tan notable evento electoral.

Pero nada se dirá de la profunda herida que ya se está formando honda e irreparable en el seno de las familias chilenas, en el corazón mismo del pueblo de Chile.

No habrá muertos, como no los ha habido en otras elecciones, pero la honra gratuitamente dañada, la insidia alevé, el remitido procaz, habrán hecho ya su obra.

Tal vez sería mejor que el día de la elección hubiese incidentes y que no tuviéramos motivos para enorgullecernos de la tranquilidad del acto cívico, si, en cambio, la campaña anterior fuese llevada dentro del plano de principios e ideas que es lo que caracteriza a una sana democracia.

SERGIO VODANOVIC